

Guillermo Guillén Acosta, *QUEDAR CON ALGUIEN*. Cáceres.
Dip. Provincial. Colección Abezetario, 2002

La poesía sevillana, y por supuesto la andaluza, tiene en Carmelo Guillén Acosta (Sevilla, 1955) a una de sus voces más personales y singulares. En varias de sus entregas anteriores y también en la solapa de *Quedar con alguien* (2002), los lectores que siguen atentamente la evolución de este vate hispalense pueden leer la opinión que sobre él escribiera el profesor Cristóbal Cuevas: “Carmelo Guillén es un poeta que ha conseguido hacerse con una voz inconfundible, que nace de él, que lo define y que sirve en exclusiva para cauce de sus propias emociones. Cuando deje de escribir, habrá que romper el molde”. Nada más cierto. Su obra poética comprende los títulos *Envés del existir* (1977), *Rosa de invierno* (1988), *La ternura infinita* (1991), *Nonaino* (1992), *Humanidades* (1996), la antología *Aprendiendo a querer* (1997) y *Misterio Gozoso* (2000), algunos premiados con el accésit del Adonais, con el “San Juan de la Cruz” o el “Tiflos”.

Toda la poesía de este vate sevillano transmite una alegría de vivir, un sentido positivo de la existencia como raras veces se halla entre los poetas españoles de finales de siglo o principios del nuevo. Precedentes de ese optimismo vital los hallamos, tal vez, en el Jorge Guillén de *Cántico*, por ejemplo, o en el Salinas de *La voz a ti debida* o en el de *Razón de amor*. Y es que en la poesía de Carmelo Guillén, entre otros muchos valores estimables, encontramos un sentido cordialísimo del vivir a través, esencialmente, del amor y la amistad. No hay poeta que yo conozca que haya cantado con tal ímpetu la alegría de estar vivo, del puro existir gozoso y exultante en una suerte de acción de gracias por todo cuanto la vida pone a nuestro alcance. El poeta sevillano aprovecha, y muy bien, cuantas oportunidades de ser feliz le brinda la existencia y ya se desvive por los que ama, ya se echa a las calles –o a los poemas– para gritarlo y que todo el

mundo lo sepa, ya se pone a bailar un zapateado, a echar las palmas o a cantarlo con más o menos desafino (lo cual importa poco).

En *Quedar con alguien* hallamos, quizás, a un poeta un poquito más grave en sus expresiones, pero siempre cordial, cuyo sentido de vida no es otro que el amor y esa otra vertiente suya que es la de la amistad. El vate hispalense concibe la amistad como una suerte de entrega desinteresada, como una disponibilidad total para con los amigos y acudir a su llamada en cualquier momento, para hacerlos felices con el más mínimo gesto y sentirse feliz él mismo... Diríamos que la vida del poeta halla sentido a través del universo del compartir con los demás afectos y aficiones, instantes y momentos. Ignoro si Carmelo Guillén elimina deliberadamente de su vida y de su poesía la realidad menos soportable o conflictiva del existir; eso es: el dolor, la enfermedad, la muerte... Pareciera que el poeta da por obvios esos temas y se pronuncia, decidida y decisivamente, por aquellos otros que dan a la existencia una dimensión gozosa, como digo.

Un nuevo tema aparece con inusitada fuerza en este "Quedar con alguien". Se trata de la naturaleza, el vivir la naturaleza en compañía de los seres queridos, el compartir los espacios naturales que invitan a la plenitud gozosa de existir con las personas que de verdad le importan. La actitud vital de Carmelo Guillén es la de confianza y amor hacia sus semejantes, la de la generosidad y el donarse, la del compartir y entregarse, la de querer y sentirse querido... Sin temor a fracasos, pues le interesan más los aspectos enriquecedores de las relaciones humanas. Con una cuidada forma, hace uso aquí de un lenguaje coloquial de aparente facilidad y expresiones cortadas, a menuda repetitivas, y al que no es ajeno el uso de modismos. Una expresión rupturista, ligera y sin aderezos que la oscurezcan o la compliquen. Pero siempre concienzudamente elaborada. Nada hay de espontáneo o gratuito en ella, pese a su aparente facilidad discursiva, pese a su deliberadamente roto y espasmódico decir.

La poesía de Carmelo Guillén se parece a sí misma y en ella hallamos expresión al brillo de sus ojos. Su sentido casi frenético del ritmo desborda muchas veces al lenguaje mismo, imponiéndose a él con inusitada fuerza. Una fuerza interior que rebosa al poeta y tiende a derramarse de tanta abundancia. Él quisiera esa fuerza para hallarse en los otros: en la madre, el amigo, en la amada o la esposa. Porque tiene aprendida de sobra la lección y ese es el mensaje que quiere transmitir: que la vida es hermosa porque existe el amor y es compartir una palabra clave. Una poesía, la suya, que capea a sus anchas y con destreza el envés del existir, obstinándose deliberadamente en la cordialidad o instalándose en ella.

José Antonio SÁEZ